

LA LIBERTAD SEGUN L. LAVELLE

Por

JUDITH GARCÍA CAFFARENA

I

HABLAR de libertad equivale a tanto como hablar del hombre. Aquella afirmación de que el hombre es *producto*, como cualquier ente, de la evolución de la naturaleza— que, cuerpo y espíritu, es un *resultado* de los elementos físico-biológicos, de los cuales la conciencia y el pensamiento constituyen, por ahora, el grado más elevado, (tal vez el *salto* hacia el interior del proceso evolutivo) es una afirmación gratuita, pseudo científica y contradictoria. Un *resultado* semejante, por sí mismo no es pensamiento, el cual es *acto* y no *hecho*. El hombre, porque es *consciente* de ser un “producto” natural, no es un producto de la naturaleza. El hombre *no es* una parte de la realidad sino que la realidad, lo es del hombre, así como su *significación* y *finalidad*. Por eso, él es libre dentro de los límites de la libertad que le compete. Pero el hombre está también disperso en todas las cosas y, a la vez, ligado por todas partes: a su cuerpo, al pedazo de tierra que es su patria, al ambiente, a la educación, a la familia, a los prejuicios. De las mil cadenas de esa cárcel que es el mundo —prisión esencial de su vida— no puede liberarse sin morir.

Prometeo, encadenado por Zeus a causa de su audacia, osó tener una iniciativa *libre* y *responsable*, y porque tales fueron las cualidades de su osadía, fue precisamente castigado.

El hombre no siempre prevé las consecuencias de sus acciones, pero quiere, *libremente*, acciones cuyas consecuencias van muy lejos

—y, aún sin saber totalmente adónde— ellas lo arrastran, no se lamentará de haber *obrado*.

La libertad bebe agua por todos los poros de nuestra piel. Asegurada con mil ataduras, ella, la prisionera, limitada en su ejercicio y en sus elecciones, permanece siempre viva.

La libertad, experiencia interior espiritual, objetiva, se siente, se sufre y se descuenta. *Pensar* en la libertad es ya *vivir en ella*. La suya es una evidencia dinámica. A veces —momento privilegiado— se presencia como iluminación instantánea, imperiosa, enigmática. En este sentido, la libertad no se demuestra, se afirma y es *acto*, a partir del cual surgen todos los problemas que le son inherentes, entre ellos, el de sus límites. Hasta su neufragio tiene como límite la voluntad libre y está medido por la capacidad de oponerse a las fuerzas que la solicitan. En las tempestades, se reconoce al buen nadador, al *ejercitado en ser libre*. Por las brazadas con que atraviesa las olas de la contradicción, se pueden medir sus fuerzas y su coraje.

Ser libre, pero también *querer serlo*, tender la voluntad hasta el punto en que la libertad sea potenciada por todas nuestras energías y, aún sucumbiendo, confirmarse a sí misma, al cumplir esta prueba, es afirmación de libertad.

La libertad comienza en el acto en el cual cada hombre *asume* su propia naturaleza como una de los elementos de su persona íntegra. La naturaleza dada, recibida, cesa de ser un *dato* cuando la voluntad se inserta activamente en la espontaneidad de sus tendencias particulares (que a veces obran casi como fatalidad) de tal modo que llegue a desenvolverse en la naturaleza, todo aquello que corresponde a su ser ontológico. La libertad pasa entonces de dato a convertirse en *responsabilidad personal*. La espontaneidad de la naturaleza no se ve comprometida ni violada por ello; se la transporta en cambio hasta el nivel del espíritu.

De aquí que hablemos de una “libertad —natural —espontánea”, que nos haría tan libres como puede serlo una planta que vegeta, sin

La Libertad, según L. Lavelle

que nada se oponga a esa espontaneidad de su devenir, pues espontaneidad natural *coincide*, aquí, con necesidad. Pero también distinguimos una libertad entendida como el conjunto de aptitudes y virtuales unificadas en la persona y empeñadas en su gestación, libertad espiritual que enriquece a la persona como tal.

Todas las filosofías que aplauden la “libertad —natural— espontánea”, cualesquiera que sean sus diferencias, se mueven dentro del presupuesto de que el hombre es *sólo* eso: “naturaleza espontánea” y por ello, su libertad a ella debe obedecer.

Sentido eufórico el de decir:

—“Déjeme vivir, crecer y morir según la espontaneidad de mi naturaleza”; cuando lo correcto es decir: “—Estoy empeñado en existir a cada instante, con mi *naturaleza íntegra*”; lo que significa afirmar la libertad interior, espiritual, única, que está a la altura del hombre y de sus fines.

Si la libertad del hombre coincide totalmente con su naturaleza, podríamos decir que la vida espiritual es un producto de la vida corpórea; planteo materialista, pues. Y si así fuera, bastarían para satisfacción de las exigencias humanas, una buena operación fisiológica, un ambiente social bien desinfectado y una educación racional, donde la espontaneidad natural no hallaría obstáculos para su desenvolvimiento.

Cierto, ningún hombre puede saltar fuera de su naturaleza y así sustraerse a ella, pero el hecho de que estemos *inmersos* en nosotros mismos y en nuestra vida, no equivale a estar *sumergidos* en ella. Los datos naturales son el fondo indicativo de lo que cada uno *es* y *puede* y *quiere ser*: obrar a partir de ellos, tornarlos conscientes sin substituirse a su flujo espontáneo; convertirlos de *necesidad* en *existencia*, es *ordenar* las tendencias, sin suplantarlas; es actuar la unidad concreta de todo hombre, insertar el *individuo* en la *persona*, el *dato* en la *voluntad*, contando conque las tendencias propias y las situaciones particulares de cada uno colaboren en esta actuación ordenada.

No se trata de ser absorbidos o anulados por la espontaneidad na-

tural, sino de querer *libremente aquéllo* que se estaría dispuesto a seguir por sola tendencia. De este modo, todo lo que recibimos naturalmente sirve para construirnos, porque fuimos creados con esa potestad, dentro del plan de nuestro ser personal, destinado a *crecer* y a *perfeccionarse* hasta su plena madurez. Vamos construyendo nuestra personalidad a partir de nuestra persona, cuando usamos la voluntad libre, según el ser. El más mísero y perdido de entre los hombres tiene siempre ante sí un porvenir; el más ignorante, puede realizar una existencia perfecta. A este nivel lo llamamos luz de inteligencia y voluntad. Para alcanzarlo, hasta las dotes más *altas* pueden ser *obstáculos* y *ayuda*, en cambio, las más *ínfimas*, porque todo depende de nosotros.

II

Se entiende comúnmente por *persona*, un sujeto caracterizado por comportamiento autónomo, responsable de sus decisiones y autor de sus pensamientos, autofundándose y autoconstituyéndose en el valor del propio ser.

Persona es pues —a partir de su raíz metafísica— *acción* que encuentra en sí misma el propio motivo informante. Acción, considerada *no* a raíz de su cumplimiento de hecho en el mundo, ni por la conservación de los valores realizados, sino como *acto de decisión* que se erija en autónomo.

El valor auténtico y la dignidad del hombre, parecen residir fundamentalmente en ser libres; y una problemática de la persona coincidiría integralmente con la problemática de la libertad.

Este problema —en su ejercicio *de hecho* o *no*; y *en qué forma* o *en qué grado*— ha fascinado a los hombres de todos los tiempos. Pero suele hablarse de lo que no se posee, de lo que falta, de aquéllo hacia lo cual se aspira: esto es ya lugar común. De todos modos, la libertad aparece como lograda por vía problemática, dualista, dia-

La Libertad, según L. Lavelle

lética. Se trata de esforzarse por vencer alguna cosa, por evitar lo que desvincularía de sus raíces profundas a la acción. Y así, el problema de la libertad se convierte en el de una liberación.

Para la historia del pensamiento filosófico, si bien primero se ha tratado de fundar la libertad como *liberación* del mundo material, o en relación a la categoría de espacialidad, seguidamente la preocupación *temporal* ha ido ganando importancia, hasta permanecer como única en las edades modernas y contemporánea. Situándonos en nuestros días, pasemos ya a buscar, en el vasto y profundo pensamiento del filósofo francés a quien dedicamos el presente ensayo, su respuesta al problema de la libertad.

III

L. Lavelle fue nuestro contemporáneo. Falleció en 1951. Había fundado con su amigo R. Le Senne la Colección: "Filosofía del Espíritu" y allí hay que buscar la médula de su pensamiento.

Saliendo de este espiritualismo básico, la doctrina, difícilmente epeasillable, podría, simultáneamente suscribirse al realismo, al ontologismo, al esencialismo, al fideísmo, al vitalismo y (aunque trató de evitarlo cuidadosamente) también a la fenomenología. Esto no le quita originalidad, pues él supo asimilar tendencias aparentemente disímiles y, a la vez, permanecer independiente de ellas, aceptándolas en tanto pudieran integrar sus propias exigencias.

Su obra comprende 22 volúmenes, cuyo contenido corresponde a dos vertientes: la una, metafísica, centrada sobre el tema del ser; la otra, psicológico—moral, sobre el del hombre. Precisamente por las obras psicológico—morales, menos arduas en su lectura, se conoce más a L. Lavelle.

En verdad, él intentó abrazar toda su producción en un tratado que no alcanzó a escribir y cuyo título anunciado era: "La Sagesse". Este tema, que él había admirado largamente en Descartes, Montaigne

y Pascal, le permitiría aunar las vertientes especulativa y práctica de su pensamiento, para entregar así al destinatario de su problemática; al hombre, la llave maestra del vivir auténtico, tal como él lo concibiera, es decir: libre y abierto hacia el Absoluto. La Sagesse quedó sin escribir, pero Lavelle consiguió *eficacia* (si así podemos hablar) para su doctrina, a través de su propia persona, de la cual, al decir de sus amigos y discípulos y de cuantos lo conocieron, personificaba al sabio en el sentido antiguo y, a partir de su físico: la alta figura, la serenidad del rostro, la gravedad y la mesura de todo el continente, hizo que dijieran de él, que “parecía la metafísica en su más alta majestad”.

Qué vivió íntegramente el programa filosófico que proponía a sus discípulos del Collège de France y a cuantos quisieron acceder a él, lo testimonian esos mismos discípulos y sus amigos entre ellos M. F. Sciaccia y, sobre todo, su viuda, Mme. Julie Lavelle, quien vive, como una lámpara votiva, del aceite de la doctrina de su esposo, que ella hace suya.

Lavelle fue un hombre *libre*, en la plenitud del término. Comprendió lo entrañable de la libertad espiritual, vivió de acuerdo con ella y le dedicó, en todas sus obras, metafísicas y psicológico-morales, lo mejor de su atención. Vale la pena recordar que este filósofo, combatiente en la guerra de 1914, prisionero en la batalla de Verdún, debió permanecer, desde entonces hasta el armisticio, recluso en campo de concentración. Allí, durante esa clausura forzosa, tuvo oportunidad de vivir su libertad espiritual y, en el recogimiento interior, en medio de la natural promiscuidad del ambiente y de los sufrimientos inherentes a la situación, concibió el plan total de sus obras (que la Sagesse debía coronar) y, a través de él, gestó su respuesta al problema de la libertad.

Revisando la producción lavelliana advertimos la reiterada insistencia del tema en la obra total. Así, en “Del Tiempo y de la Eternidad” habla de la libertad como condición inicial de la individuación;

La Libertad, según L. Lavelle

en la que tituló: “Del alma humana” se ocupa de “La libertad y la división de las potencias”; en “Conducta respecto de los otros” trata del “lugar que el hombre desempeña en la creación”. Y es aquí donde lo llama: “equilibrador de la creación a través del juego y de la libertad del espíritu”. Allí se leen pasajes tan elocuentes como el que sigue: “Dios ha hecho del hombre, el único ser en el mundo que sea libre a semejanza suya, que pueda siempre convertirse en el comienzo de sí mismo; que no sea enteramente captado por el impulso de la naturaleza o por las sollicitaciones del acontecer; el sólo ser en el mundo que está a la vez *en* el mundo y *por sobre* el mundo”. El poder que posee no es comparable al de un rey en su reino, porque el rey no ejerce su *poder* sino sobre las *cosas*, en tanto que la realeza de un hombre es totalmente interior y lo hace *dueño de sí mismo* y de todos sus pensamientos. El rey entiendo conformar el orden de las cosas según su voluntad propia (que es siempre miserable y lo hace esclavo de sí mismo), mientras que el hombre, cuando es sabio, conforma su voluntad dentro de un orden del cual él forma parte y que, sobrepasándolo, lo libera de sus límites”.

En este párrafo se advierten gran parte de las ideas ejes de Lavelle acerca de la libertad.

Para aclarar mejor su sentido, digamos que este filósofo, considerando la *temporalidad* del hombre, no se cierra sobre ella, sino que la abre hacia el Absoluto, por lo cual afirma: “Las filosofías del *puro tiempo* son filosofías desesperadas”. Y agrega que el hombre está *inscripto* en ese Absoluto del cual participa, gracias a lo cual, su libertad conecta con la libertad de Dios, que es Libertad Plena. Dios habría creado al hombre “co-creador”, permitiéndole elegirse y “edificar” su yo, en la órbita de la vocación que le corresponde, dentro del plan de la Providencia.

También había afirmado en la obra citada: “Del Tiempo y de la Eternidad”, “que no nos es posible crearnos como espíritus puros eligiendo cualquier posibilidad, y que nuestra libertad *no* está totalmen-

te indeterminada, ya que debe contar *con* las potencias naturales, así como con los elementos de la situación que nos individualizan, y trazan (si así puede decirse) los planes de la realización de nuestra existencia, destacando que “nuestra esencia... equivale a decir nuestras potencias reconocidas, puestas *en acto*, espiritualizadas.

Así, para crearnos a nosotros mismos, habremos de aceptar la propia situación y, sobre todo nuestra naturaleza y las posibilidades que ella ofrece, porque allí *hay mucho menos obstáculos* a nuestra libertad, que medios para lograrla, pues el *dato* (lo recibido) y el *acto* que elegimos se completan y corresponden.

De aquí se infiere que, gracias a la propia naturaleza, la libertad de cada uno no se ejerce sobre el vacío y ella aparece como una liberación frente al determinismo, en el sentido de sólo somos libres a partir del momento en que cesamos de confundirnos con los impulsos espontáneos y somos capaces de renunciarlos o superarlos. De este modo se explica que Lavelle pueda, por una parte, apelar a un primer comienzo de nosotros mismo, (es decir a nuestro ser espiritual) aunque no se trate de nuestro primer comienzo absoluto y, por otra, pretender que esta liberación, que se identifica con la constitución de nuestra esencia, no puede ser cumplida sino a través de un trabajo de despojamiento y purificación, tendiente a desprendernos de la servidumbre del cuerpo con el cual nos confundimos inicialmente.

Porque de lo que se trata es de *operar una suerte de transfiguración* de las potencias que están en nosotros; y es fácil comprender que ésta sólo puede realizarse poco a poco, por grados; y que ella misma, en verdad, nunca está completamente acabada sino por la muerte, que Lavelle considera como su cumplimiento, en el sentido de que, desnudándonos de los lazos que nos atan a la naturaleza, asegura el triunfo de la libertad, o, si preferimos decirlo de otro modo, del espíritu, que es la prenda de nuestra inmortalidad.

Lavelle afirma expresamente la distinción entre nuestra esencia y nuestra naturaleza. La primera sería dada, el *dato* que, por la liber-

La Libertad, según L. Lavelle

tad, utilizaremos para superar de modo tal, que le extraigamos el mejor rendimiento posible, para constituir nuestra esencia, buscada *no* en el ser ideal envuelto en nuestra naturaleza, sino en la relación que se establece entre ella y nuestra libertad, el orden a logramos.

Ahora bien, porque esta relación es incesante, se sigue no sólo que existe siempre entre este ideal (que podremos designar como nuestra esencia ideal) y nuestra esencia individual, un *intervalo*, que impide confundir esta última con nuestro ser ya realizado, sino que, además, la realización de aquélla (es decir la liberación por la cual accedemos a la vida espiritual) está sin cesar amenazada y puede siempre fallar. Este carácter precario, esta incertidumbre de la creación de nuestra esencia, está en la raíz de la angustia metafísica por excelencia. (Es fácil advertir aquí, en el lenguaje que traduce las ideas de Lavelle, el contagio con la terminología y planteo existencialistas).

Pero si es cierto que la experiencia de nuestro ser, descubriéndonos la incertidumbre del porvenir, engendra en nosotros una emoción que en ciertos aspectos puede calificarse como inquietud, ello *no se deja reducir a la angustia*, que no es (al decir de Lavelle) sino un aspecto negativo y restrictivo, porque ella, la experiencia de nuestro ser, está constituida principalmente a base de confianza y de esperanza. Y es en este último aspecto en el que nuestro filósofo insiste principalmente, y donde busca verdadera base metafísica.

En "Le Moi et Son destin", obra publicada en 1936 y en la cual se reúnen las crónicas filosóficas aparecen en el periódico "Le Temps", Lavelle dedica el tercer grupo de artículos al tema de la libertad, advirtiendo, en el prólogo, que esta es la fuente de la ansiedad porque, cuando es usada malamente, crea responsabilidades y turba la consciencia, que oscila entre el capricho y el deber. Allí leemos, en la crónica: "Las dos libertades", originada por el comentario de la obra de Nicolás Berdiaeff cuyo título es "Espíritu y libertad", este significativo párrafo: "Si el hombre se pregunta sinceramente cuál es la parte

más profunda de su ser, a la que no puede renunciar, sin renunciarse así mismo, y cuya privación le veda gustar todos los bienes que de otro modo lo colmarían, debe responder que es su libertad. Porque nadie más humillado y desgraciado que el esclavo. Un ser verdadero es el que *prueba su iniciativa* y es capaz de afirmar su independencia del todo en el que está inmerso; el que es creador en su propio dominio, el que puede decir *sí* o *no* sin dejarse constreñir por razones; aquél cuya voluntad puede tener "sitio de razón". Y añade: "La libertad es anterior a la razón y más profunda que ella" (aquí resuenan acentos pascalianos y la nunca desmentida simpatía por S. Agustín), la libertad sería irracional en el sentido de *no* discursiva, sino suprarrazional. Advirtamos que Lavelle es actualista e *intuitivo* y, por momentos, parece adherir a la línea post-kantiana de genealogía agustiniana, en último término.

Ella (la libertad) es misteriosa, porque es *creadora*. Ahora bien: la razón suprime el misterio porque supone un universo totalmente desplegado ante la vista, en donde cada cosa posee un lugar entre otras que la sostienen y *explican*. La libertad, por el contrario sería un perpetuo pasaje del no ser al ser. Pedirle razones es negarla, porque ella misma es quien las produce. Además, según Lavelle, sería refractaria al *conocimiento*, que se aplica a un objeto *ya dado*, mientras que la libertad es quien *lo forma*. Aquí se evidencian las influencias del *factum* kantiano, la actitud posicional del espíritu y la convicción de la imposibilidad de llegar (gnoseológicamente) a la esencia de la cosa, como enseñara el filósofo de Köenigsberg. Finalmente, Lavelle agrega: "La libertad no puede convertirse (ella misma) en un objeto, y para captarla no hay sino un medio: ejercerla".

"Por otra parte —sigue diciendo— la libertad puede definirse (pero él nunca define, sino que describe luminosamente sus propias intuiciones) "como la búsqueda del puro amor". Al amor no se lo manda. Es la libertad quien lo deja hacer y es ella misma quien le responde, lo cual es cierto aún en el amor divino que se ha comparado, a ve-

La Libertad, según L. Lavelle

es con un raptó. "El amor *no puede forzarnos* a entrar en el paraíso". Como se advierte, la belleza del lenguaje y de las ideas lavelianas, recuerdan a su antecesor en la Cátedra del Collège de France, a Henri Bergson, quien, como el filósofo del que estamos ocupándonos, profundizó el tema de la libertad en los místicos cristianos, a quienes hay que ver como realizadores perfectos del lema de S. Agustín: "Amaz lo que quieras".

Lavelle nos dirá aún, en esta crónica, que el hombre es un ser problemático y misterioso, precisamente porque es una libertad, o mejor, una oscilación entre dos formas de libertad: la espontaneidad natural y la espiritual. Que la libertad es austera y difícil, que ella exige una perpetua concentración en sí —recogimiento— y que es vital en cambio la disipación, que deja a merced del objeto y de las influencias exteriores. Pero añade: "el destino del hombre es también el destino de la libertad, que consiste siempre en un deber que cumplir, un fardo que soportar, un sufrimiento que aceptar, sin duda; pero que es también, el ingrediente principal de nuestra humanidad; la cual sin él desaparecería. La libertad agudiza la conciencia de cada hombre y su sentimiento de responsabilidad. Es la única cosa que no puede sernos dada. Se ofrece, sí a todos, pero hay que tener coraje para aceptarla y fortaleza para ejercerla. Sería, por ello, *democrática* por disposición y *aristocrática* por el uso.

En la vida del hombre, cree Lavelle, se introduce, sin duda, la alternativa *mal*, pero ella no tiene sentido sino en relación con su destino espiritual. Y este destino es nada si no es obra de nuestras manos, si depende de los movimientos sucesivos de nuestra libertad. Es de esta que la alternativa entre bien y mal sólo significa algo a través de esa libertad. La unidad perfecta del yo reside en la capacidad que él tiene de elegir, pero él no elige sino entre dos posibilidades y su libertad es la unidad viviente del acto, que está frente a la alternativa *mal* *resuelve*.

Vemos cómo, paradójicamente, nuestra libertad no puede decidirse

sino distinguiendo en el mundo entre bien y mal, pero para que ella no se convierta en esclava, le es necesario *reconocer* el valor del bien para poder, por ello, preferirlo al mal, a fin de reivindicar su independencia, haciendo del mal su propio bien, toda vez que lo haya preferido.

Porque la vida (dice Lavelle al considerar el tema del mal en su obra "Le mal et la souffrance") no posee para nosotros valor, sino cuando hay lugar ahí para un bien que podamos comprender, desear y amar. El mal, por el contrario, es eso que no podemos ni comprender ni amar (aunque lo hayamos buscado), es aquéllo que nos condena cuando lo hemos realizado y lo que sería la condenación del ser y de la vida, si él fuera su esencia misma.

El bien y el mal someten lo real al juicio del espíritu, porque lo real no puede justificarse sino cuando es hallado bueno; "decir que es malo, es decir que la nada debe serle preferida". Sólo hay bien y mal para una voluntad que considere lo real relacionándolo con una elección que ella hace y que la realidad misma se encarga de confirmar o desmentir. Bien y mal estarían ligados a la esencia de la voluntad, que no puede determinarse si la idea del bien no la conmueve, y, si ello no ocurre, por falta de conocimiento o de coraje, o por una perversión del impulso que el bien le otorga, *cae* en el mal. Nosotros preferimos —insiste Lavelle— buscar *en el mundo* un mal radical, inseparable de su esencia misma, a considerar que nuestra voluntad, *por su opción* lo hace ser. Pero esto es una excusa, una falta de confianza en nuestro ser espiritual, que rehusa obrar y dar a lo que está frente a él un *sentido* y un valor que él mismo puede *descubrir*. Reconocer que existe mal en el mundo es permitir a nuestra actividad espiritual separarse de él y, de este modo, adquirir independencia e impulso.

El mundo que tenemos ante los ojos está, por sí mismo, desprovisto de espiritualidad, pero precisamente *porque el espíritu es una vida*, debe penetrar en él: al informarlo, hace transparente su significación.

La Libertad, según L. Lavelle

El hombre debe tener el coraje y la confianza suficientes como para aceptar el mundo como una prueba, un trabajo y un deber, como la condición misma de su esencia y actividad por la cual él no cesa nunca de crearse: así como la de las victorias, que dicha actividad no cesa jamás de obtener.

Finalmente, en el denso capítulo titulado: "El yo, ser que se elige", correspondiente a la obra "Las potencias del yo" hallamos los rasgos fundamentales complementarios de la respuesta al problema que nos ocupa. Allí dice nuestro filósofo que libertad y conciencia son una misma cosa, por lo cual sería ocioso preguntar, si se puede tener "conciencia de la libertad". Porque los grados de libertad y de conciencia crecerían proporcionalmente. Aquí, advertimos la tendencia actualista, vitalista y antiintelectualista de Lavelle, cuando dice que "la libertad no es un *objeto* y por ello resiste todos los esfuerzos que intentamos para *conocerla*". Porque para él ella no es un término realizado, sino siempre un primer comienzo. Y afirma que "quien la examinara la aniquilaría". De ahí la consecuencia que infiere: "Todo hombre que *arguye* lo hace siempre *contra* la libertad". Y condena expresamente al intelectualismo, que él entiende incompletamente cuando dice que "la inteligencia es medida por lo real". De el intelectualismo, además, rechaza la existencia de una necesidad racional que, encadenando unas a otras todas las formas de existencia, produciría nuestra libertad a partir de conocimiento de esa necesidad. El prefiere ver a la libertad humana como un puro poder, que no *posee* nada, a pesar de que únicamente mediante ella consiga el *yo* poseerlo todo.

Decisivo sería, en particular, el papel que la libertad negativa desempeña en nuestra vida espiritual, bien que sólo se presenta al comienzo y no al término de ésta. "Hay que saber *decir no*, dice Lavelle, para dejar de ser zarandeado por los acontecimientos y para adquirir una iniciativa sin la cual *se es un objeto y no un ser*. Saber *decir no* es diferenciarse de los otros seres, para circunscri-

bir la propia individualidad, reconocer la vocación y los deberes que ésta nos impone.

Ese *no categórico*, no equivale a obturar todas las posibilidades, antes bien implica que hay una posibilidad decisiva y más elevada a utilizar, una exigencia imperiosa y determinante por satisfacer. Esa sería la verdadera libertad, *positiva*, actuante, creadora. Entonces, el corazón de la libertad será un acto de aceptación, *el sí que damos al ser*, a la vida, a nuestra propia vocación. Ese *sí* no es otra cosa que la conciencia de nuestra participación en ese gran todo, en ese Absoluto en el que hemos nacido, estamos inscriptos y seguiremos creciendo.

Continuaremos formulando el *sí* mientras conservemos la existencia que hemos recibido, esa existencia en la que *no* depende de nosotros entrar, pero *sí* depende de nosotros salir, como ya habían advertido los antiguos. Ese “*sí*” estaría permanentemente en el fondo de nuestro ser, aún cuando rehusáramos formularlo. Y este *sí*, que compromete mi responsabilidad, reposa en una actitud mediante la cual me elijo a mí mismo y con ello constantemente me supero. Porque tal actividad me exalta hasta una fuente infinita que jamás puede faltarme y, por lo tanto, con ella domino el tiempo, realizo su unidad y participo de la libertad increada.

En su libro póstumo, “Cuatro Santos”, Lavelle muestra cómo cada uno de los santos que le ocupan: Francisco de Asís, Juan de la Cruz, Teresa de Jesús y Francisco de Sales, suplieron *dar el sí* que los hizo llegar hasta “el absoluto de ellos mismo”, con lo cual adhirieron a su específica e irreplicable vocación particular, que los tornó realmente libres en la libertad de los hijos de Dios.

Basta lo expuesto para advertir la fuerza, armonía y belleza de la concepción lavelliana de la libertad, aunque se note siempre en este tema —como en todos aquellos por los cuales se preocupó— una subjetividad insistente que transporta la metafísica del ser, casi al plano de una metafísica de la conciencia.

Por otra parte se advierte que el apoyarse constantemente en la

La Libertad, según L. Lavelle

idea de participación es coherente exigencia de su concepción unívoca del ser. Lo que atrae, sobre todo en Lavelle es la belleza y la fuerza de su concepción, nacidas de la intuición originaria de la experiencia del ser, que concluye en la experiencia de la libertad de espíritu, destinada a dar a cada hombre la cualidad máxima a la cual le es dado aspirar: la *Sagesse*.

